

**MUERTE**

**CARACOL**

**Por AVE AURA**

SEGUNDA ENTREGA DE SIETE

El clima del hospital suele estar al menos dos grados más abajo que el mundo exterior, a la muerte no le gusta el calor, piensa Carlos Sobera, mientras camina apresurado por un pasillo. Viste filipina verde y pantalón blanco, trae su libro en la mano. Al girar en una esquina lo hace con cautela, no tiene ganas de saludar a nadie. Es cuestión de checar su salida e ir a casa. Tal vez, antes se dé una vuelta por urgencias. Hace días que no ve nada insólito. El trofeo del mes aún lo tiene el tipo de la rejilla de baño.

Carlos Sobera lo vio llegar, el hombre tenía la cara oculta con uno de esos escurridores de alambre que cuelgan en algunas regaderas y se usan para poner la botella de *shampoo* y el jabón. Una mujer le servía de lazarillo. Carlos Sobera supuso que la ceguera era reciente, pues caminaban con extrema lentitud, pero se notaba que quisieran hacerlo más deprisa. Carlos Sobera escudriñó al hombre en busca de alguna herida, pero nada, la jabonera de alambre era lo único extraño. Cuando se acercaron más a él, Carlos Sobera observó con detenimiento, y vio que uno de los extremos del alambre rompía la forma redondeada del artefacto y se enfilaba en ángulo recto hacia el hombre para entrar preciso, agudo, en el lagrimal derecho. No había sangre o líquido alguno escurriendo, ver un palillo ensartado en una aceituna no hubiera sido diferente.

¿Cómo habrá ocurrido?, se preguntó Carlos Sobera. ¿La mujer se lo había lanzado en una pelea? ¿Él mismo se lo había enterrado para ver qué se sentía? No, no lo creía, para decepción de Carlos Sobera, seguramente se trataba de un simple resbalón en el azulejo mojado.

Muchas veces ha escuchado que la realidad supera a la ficción, pero él no está de acuerdo, nuestra existencia es aburrida, predecible; sólo en contadas ocasiones, Carlos Sobera no lo puede negar, un chispazo de genialidad del destino surge y corre de boca en boca de los individuos hartos de sí mismos. Para eso está la ficción,

porque son tan pocos esos momentos sorprendentes, que tenemos que inventarnos algunos más, para no morir de hastío. Aunque lo que tampoco muchos no saben es que la verdad no está en lo extraordinario, sino en los detalles, en la vida de todos los días. En cuanto llegue a casa escribiré esta reflexión en su libreta.

Carlos Sobera también mantiene en ese cuaderno un archivo de cada caso relevante que ha pasado por el hospital. Si él creyera en Dios, estaría seguro de que el paraíso no es más que un palco con vista al infierno, ¿qué puede ser más placentero que desde un sitio seguro ver el sufrimiento de los otros y, tal vez, sentir algo de compasión? ¿No es eso lo que hacemos todos los días al abrir el periódico, al mirar las noticias en la televisión?, piensa.

Carlos Sobera llega hasta el reloj checador, busca su tarjeta, la clava bajo la carátula que marca las tres con cinco minutos y escucha el clic-clac, que siempre le ha recordado el caer de una guillotina.

Revisar documentos, poner sellos, archivar expedientes no es su idea de un trabajo divertido, pero vale la pena por esos momentos en la sala de urgencias. Los accidentes de trabajo y las peleas callejeras son de lo mejor. ¿Qué tal el obrero que quería ir al dentista sin abrir la boca? Un disco de esmeril roto había salido disparado para rebanarle la mejilla y dejar, al aire libre, muelas y encías.

Una mano en el hombro y una voz sacan a Carlos Sobera de sus recuerdos:

—¿Qué pasó, Carlitos? El que a solas se ríe, de sus maldades se acuerda —es Román, el camillero, tiene una torta en la mano.

—Hasta mañana —se despide Carlos Sobera y recuerda a John George Haigh, el asesino del baño ácido. "La naturaleza humana es una

molestia. De vez en cuando alguien debe desaparecer". Carlos Sobera repite las palabras en su mente y ve que los dientes de Román se clavan en la torta.

—¿'ora qué les? —las palabras se le atorán entre el queso y el jamón.

—Una novela —responde Carlos Sobera con desdén, pues intenta mermar el interés de Román. Le muestra el libro, pero no se lo ofrece. Las puntas de sus uñas están blanquecinas por la fuerza que imprime al tomarlo, se asegura de no mostrar la portada e intenta huir: da un paso—. Bueno, hasta luego.

—A ver —Román le arrebató el ejemplar— El-a-se-si-no-del-ca-ra-col. Oye, ¿y está bueno? —lo hojea groseramente.

—No tanto —Carlos Sobera alarga la mano y recupera el texto.

—Cuando lo termines me lo pasas.

Carlos Sobera asiente, pero sabe que no, que nunca se lo prestará.

—Bueno, pues ya me voy, tengo prisa —y la mentira le duele, ya no podrá ir a urgencias, tiene que ir hacia la calle bajo la mirada vigilante de Román, pero todo vale por librarse de esa conversación insulsa.

Además aún tiene la historia de su libro, eso es lo único que ahora lo puede salvar. Mientras espera el microbús, lo abre:

## CAPÍTULO IV

**A** veces, cuando una está más cansada, la despierta un timbre. Lo escucha, dos, tres veces y no se decide a contestar porque está aferrada a la fantasía, abandonada al sopor y no se imagina que ese despertar pueda ser el inicio de otro sueño mejor.

Una contesta el teléfono y no espera nada —hace meses tenía ilusiones, esperanzas, ahora ya no—; pero irónicamente ahí está lo que había estado deseando: le piden esa cita y le dicen, sin decírselo en realidad, que no todo está perdido, que haber puesto ese anuncio fue la mejor decisión, que Norma es pesimista y está equivocada, que el que no arriesga no gana.

Y una se levanta llena de emoción y tarda en decidir la ropa, piensa en la falda blanca que contrasta con su bronceado, pero se acuerda de que en el anuncio indicó que era rubia y prefiere la falda negra y la blusa azul sin mangas. Y el shampoo herbal, y el acondicionador liso perfecto, y el desodorante seco activo, y el rímel con cera real, y el lápiz labial brillo sin igual, y los zapatos de tacón porque no mido 1.70, y una está lista para enfrentarse al mundo.

Y no come porque tiene el estómago revuelto. Va a toda prisa, quiere llegar a tiempo. Va pensando en que debe estrechar la mano firme para demostrar seguridad, mirar a los ojos y establecer confianza desde el primer momento; sentarse y cruzar la pierna, eso no sabe para qué, pero cree que se ve bien; pedir sólo un café y tomarlo sin azúcar para que él vea que se cuida; sonreír mucho, pero cuidarse de no enseñar los dientes porque sabe que no son perfectos; y así, seguro conseguir el trabajo y tener dinero para pagar al dentista y, por fin, sonreír con toda confianza.

Una llega a la cafetería y se da cuenta de que no sabe a quién busca y piensa que debió haberle preguntado cómo era o cómo iría vestido. Tiene las manos sudorosas, decide calmarse y esperar que sea él quien la encuentre, sí, eso es lo mejor, y pide mesa.

—Para dos —ordena.

Se sienta y mira discretamente hacia la puerta cada vez que alguien entra y quiere salir corriendo y decir soy yo, pero se mantiene firme en su silla, con el cigarro entre los dedos —el humo en los pulmones la tranquiliza—. Juega con los restos de ceniza, y recuerda que su mamá odia que fume, eran tanto lo que le disgustaba a ella de una, que un día dejó de importarle su opinión. Una está perdida en el fondo del cenicero, cuando escucha que le dicen:

—¿Bety? —y una sabe que es él.

Y aunque esperaba a un hombre alto, con voz ronca y traje Varini, pero se encuentra con uno sin rasurar y con entradas pronunciadas, no se decepciona porque comprende que una no sabe nada de nada, que sólo conoce el medio por las películas y tiene todavía mucho que aprender. Le llega un olorcito y dice:

—¿Vértigo? —como si estuviera en un concurso de reconocer lociones y ve la cara de desconcierto de él y se siente incómoda, pero entonces ve un cabello sedoso, la nariz respingada que le recuerda a la de su primo y recupera la confianza—. Sí, soy yo, mucho gusto —y se olvida de apretar firme al saludar y experimenta una punzada en el estómago.

Pide un café, él un whisky y una piensa que es muy temprano para beber, pero lo justifica pensando que así es el medio. Y él le habla de proyectos, de su experiencia en las más prestigeadas revistas, de gente famosa —una lo supone, no reconoce los nombres, pero no pregunta para no demostrar su ignorancia—, fiestas, desfiles,

*clase, fama, y una sabe que eso es lo que siempre ha querido y se alegra de estar ahí.*

*Y le piden a una su portafolio de trabajo y tiene que mentir:*

*—No tengo, bueno, sí, pero no es profesional. Aunque sí tengo algo de experiencia, tomé cursos de maquillaje y un amigo me enseñó a caminar en pasarela. Si quiere le hago una demostración.*

*—No, no es necesario. Preferiría hacerte unas fotos, pero como te dije, tengo mi estudio prestado a un amigo. ¿Con quién vives?*

*—Con una amiga.*

*—Podríamos hacer la sesión en tu casa. Tengo mi equipo en la cajuela.*

*—Pues...*

*—¿Crees que le molestaría a tu amiga?*

*—A esta hora ella está trabajando.*

*—Entonces no hay nada más que hablar. Vamos.*

*Y entonces ve que él pide la cuenta y paga con un billete grande.*

*Poco después una está ahí, dando indicaciones: "es en el centro, puedes tomar avenida Constitución y después dar vuelta en Magisterio"; sentada en un coche elegante, junto a un hombre que le pregunta:*

*—¿A qué hora regresa tu amiga?*

*—Como a las cuatro —contesta y percibe que él se siente relajado.*

*También una se siente tranquila porque él se ha portado como un caballero. Ciertamente, no ha dejado de observarla, pero ni siquiera ha intentado tocarla y eso habla de un profesional.*

*El auto se detiene ante un semáforo. El silencio la incomoda y suelta la pregunta:*

*—¿Eres casado? —y se arrepiente de inmediato, no vaya a pensar que una quiere cazarlo.*

*Él contesta que sí y una se siente más a gusto y pregunta por los niños y él dice que dos.*

*—¿Y tú tienes novio?*

*Una contesta que no con la cabeza.*

*—¿Por qué, si eres tan guapa?*

*Una se siente bien.*

*—Aunque no eres rubia como decía tu anuncio.*

*Una no sabe qué contestar y él lo nota.*

*—No te preocupes, todo va a estar bien —y el hombre le acaricia a una la mejilla y después posa su mano en el asiento donde una está sentada y una desea que la toquen. Observa los dedos fuertes, sin anillos. También repara en que él tiene las venas resaltadas, la otra vez dijeron en la televisión que eso era típico de los hombres buenos en la cama.*

*Una se sonroja y prefiere pensar en otras cosas. Ensayando mentalmente las poses que ha visto en las revistas de modas y se imagina ya en esas fotografías. Y una acaricia la piel del asiento, a milímetros de la otra piel, y piensa que ése es hombre al que siempre*

*había esperado.*

*Está tan ensimismada que un golpe en la ventanilla la hace brincar, voltea y ve a un hombre de cabello apelmazado y piel grasienta, que extiende la mano. Una ve la punta de la lengua que aletea entre las encías del anciano y una no puede despegar la vista de ese punto y es incapaz de abrir su bolso y buscar algo de dinero. El coche arranca, por fin; y una se siente completamente a salvo.*

*Llegan al edificio, son tres pisos hasta el departamento de Norma. En el descanso entre el segundo y tercer piso se encuentran con la vecina del departamento de al lado y una siente necesidad de justificarse:*

*—Es mi representante artístico —y se da cuenta de que aún no lo es y desea no haber dicho eso.*

*La mujer levanta la ceja, se da la vuelta y sigue su camino escaleras abajo sin siquiera decir mucho gusto y una la odia.*

*—¿Es tu vecina? —pregunta él.*

*—Sí, vive al lado, sola. Por eso está amargada.*

*—¿Hay más departamentos en tu piso?*

*—No, sólo el de ella y el nuestro —abre con decisión, entra y ve que él cierra la puerta tras de sí. Y una le da la espalda y comenta:*

*—Ponte cómodo —y trata de recordar qué más se dice en estos casos— ¿quieres algo de beber? No tengo whisky... —pero ya no termina la frase porque siente unas manos fuertes y de venas resaltadas que la inmovilizan, la punta de una navaja que le pica el cuello; el resoplido de una nariz, que de poder verla está segura de que ya no*

*le recordaría a su primo, que exhala furia; y sabe, ahora está segura de que sí, de que su mamá siempre tuvo razón, que una es la más estúpida.*

Carlos Sobera cierra el libro. Una víctima propiciatoria, como ha habido tantas en la realidad, piensa. No es su culpa haber sido masacradas, pero cómo ayudaron.

Está sentado en el último asiento de un microbús. No recuerda cómo llegó hasta ahí, es algo habitual, pone sus acciones en automático y cuando se da cuenta tiene el cabello húmedo y supone que ya se bañó; a veces, un calambre en la pierna y un rumbo desconocido le avisan que ha caminado por varias horas inmerso en sus pensamientos.

Carlos Sobera hace transitar su mirada por el interior del transporte, observa a los pasajeros. La ropa que visten, sus gestos más que sus facciones, las posturas, le hablan de lo que son, qué hacen, a dónde van. Cuando por suerte se encuentra con algún lector, no necesita nada más que echar un vistazo al título para conformar toda la personalidad, dime qué lees y te diré quién eres, piensa Carlos Sobera.

Junto a él está sentada una mujer, viste pantalón caqui, sus abultados muslos fatigan el entramado elástico de la tela. Los zapatos bajos y pringosos le revelan a Carlos Sobera que esa señora vive en una colonia proletaria, las calles sin pavimentar; ella, habituada a la pobreza, ya no evita los charcos, los cruza insolente, insensible a las gotas frías en sus pies. Lleva una bolsa de plástico, enredó el asa alrededor de su muñeca, por la abertura se observa un tejido verde, seguramente un suéter. Con cada bache, la grasa del vientre de la mujer tiembla. Tiene un monedero apretado en la mano derecha. Tal vez trae un billete que le acaba de dar la

señora para la que hace el aseo y también una pistola escondida dentro de la bolsa de plástico, tal vez viene de asesinar al hijo de su patrona, fantasea Carlos Sobera.

La mujer se siente observada y reta a Carlos Sobera con la mirada, pero él prefiere desviar la vista hacia la calle, a través de la ventanilla ve el largometraje de la vida sin él. Alguna vez Carlos Sobera leyó que los niños pequeños creen que el mundo desaparece cuando ellos se van, por eso se tapan los ojos pensando que así su madre ya no puede verlos. Pues él piensa que también el mundo debería desaparecer cuando él no está, pero la vida nunca descansa, la muerte tampoco, bien lo sabe él.

Le llama la atención un balcón en el primer piso de un edificio. Los barrotes parecen una enredadera oxidada; penden algunas prendas de mujer joven: una falda vaporosa, una blusa sin mangas, ropa interior diminuta; una maceta con tierra reseca quedó en el piso del balcón como epitafio de verdores de antaño. Él se pregunta por qué la dueña de esa ropa decidió vivir en un lugar decrepito.

El camión sigue su rumbo, pero la imagen se queda en la mente de Carlos Sobera por algunos segundos hasta que un cosquilleo en su mejilla lo obliga a voltear, el cabello largo y castaño de una mujer lo ha rozado. La chica está por sentarse en el lugar que dejó libre la mujer de los mocasines lodosos, que ahora está al pie de la escalerilla, esperando para bajar. La joven nota que su cabello está sobre la mejilla de Carlos Sobera, se lo recoge con una mano y le pide una disculpa. Se acomoda y su aroma anega el ambiente, huele a ciruelas.

Se sabe observada, pero mira hacia el frente, como si fuera ella quien condujera el transporte. Carlos Sobera observa los zapatos de tacón bajo, son del color del pasto seco. Las piernas se ocultan a medio muslo dentro de una falda estrecha de mezclilla. Su respiración

pausada eleva los senos a intervalos regulares. Una perla adorna el lóbulo de su oreja. En el hombro de la joven, Carlos Sobera descubre un cabello blanco y corto que resalta en el entramado negro del suéter, ¿una cana en un hombro juvenil?, ¿cómo habrá llegado ahí? ¿Viene de visitar a su abuelo y al abrazarlo para despedirse, él le dejó un recuerdo involuntario? O tal vez ese cabello no es humano, ¿podría ser de un gato que la mujer tuvo un momento entre sus brazos al bajarlo de una silla donde ella se sentó a desayunar? ¿O tendrá ella un amante...

Un enfrenón vuelve a Carlos Sobera a la realidad y lo hace terminar de golpe con la historia de la cana en el hombro de una joven linda, prefiere entonces seguir con la otra historia, con la que está leyendo: